



Seix Barral Biblioteca Formentor

Muriel Barbery

Una hora de fervor

Traducción del francés por
Isabel González-Gallarza

MORIR

A la hora de morir, Haru Ueno miraba una flor y pensaba: Todo gira en torno a una flor. En realidad, su vida había girado en torno a tres hilos y solo el último era una flor. Ante él se extendía el pequeño jardín de un templo cuya vocación era ser un paisaje en miniatura salpicado de símbolos. Lo maravillaba que siglos de búsqueda espiritual hubieran desembocado en esa distribución precisa: tantos esfuerzos dirigidos a una significación y, a la vez, a una pura forma, pensaba también.

Pues Haru Ueno era de aquellos que persiguen la forma.

Sabía que moriría pronto y se decía: Al fin estoy en armonía con las cosas. A lo lejos, el gong del Hōnen-in resonó cuatro veces, y la intensidad de su propia presencia en el mundo le dio vértigo. Frente a él, el jardín de muros encalados rematados por tejas grises. En el jardín, tres piedras, un pino, una franja de arena, un farol y musgo. Más

allá, las montañas del Este. En cuanto al templo, se llamaba Shinnyo-dō. Durante casi cinco decenios, Haru Ueno había recorrido cada semana el mismo circuito: subía hasta el templo principal en lo alto de la colina, atravesaba el cementerio que se extendía más abajo y volvía a la entrada del complejo, al que contribuía con importantes donaciones.

Pues Haru Ueno era muy rico.

Había crecido observando caer y fundirse la nieve sobre las piedras de un torrente de montaña. Estibada en una orilla, la pequeña casa familiar, en la otra, un bosque de grandes pinos en el hielo. Durante mucho tiempo, Haru había creído amar la materia: la roca, el agua, las hojas y la madera. Cuando comprendió que lo que amaba eran las formas que adoptaba esa materia, se hizo marchante de arte.

El arte: uno de los tres hilos de su vida.

Por supuesto, no se había hecho marchante de la noche a la mañana, había tenido que transcurrir el tiempo necesario para cambiar de ciudad y conocer a un hombre. A los veinte años, Haru había dado la espalda a las montañas y al negocio de sake de su padre y había cambiado Takayama por Kioto. No tenía dinero ni contactos, pero poseía una fortuna poco común: aunque lo ignoraba todo del mundo, sabía sin embargo quién era. Ese mes de

mayo, sentado en el suelo de madera, entreveía el porvenir con una claridad cercana a la lucidez que solo da el sake. A su alrededor, el murmullo del complejo de templos zen en el que un primo monje le había conseguido una habitación. El encuentro entre la fuerza de su visión y la inmensidad del tiempo le daba vértigo. Esa visión no decía dónde ni cuándo ni cómo. Decía: Una vida consagrada al arte. Y también: Tendré éxito. La habitación daba a un minúsculo jardín sombreado. Más allá, el sol doraba las cañas de los grandes bambúes grises. Entre las hostas y los helechos enanos, crecían lirios de agua. Uno de ellos, más alto y grácil que los demás, oscilaba en la brisa. En alguna parte sonó una campana. El tiempo se diluyó y Haru Ueno fue esa flor. Y luego ese momento pasó.

Ese día, cincuenta años más tarde, Haru Ueno miraba la misma flor y se asombraba de que, de nuevo, fuera 20 de mayo a las cuatro de la tarde. Una cosa, no obstante, era distinta: esta vez miraba la flor en su fuero interno. Otra era semejante: todo —el lirio, la campana, el jardín— ocurría en el presente. Y una última llamaba la atención: en ese presente total, el dolor se disolvía. Oyó un ruido a su espalda y deseó que lo dejaran solo. Recordó a Keisuke, que aguardaba en alguna parte a que muriera, y pensó: Una vida se resume en tres nombres.

Haru, el que no quería morir. Keisuke, el que no podía. Rose, la que viviría.

La zona privada en la que descansaba pertenecía al monje principal del templo, que era el hermano gemelo de Keisuke Shibata, el hombre gracias al cual había podido realizar su vocación. Los hermanos Shibata provenían de una antigua familia de Kioto que abastecía a la ciudad de monjes y artistas del lacado desde tiempo inmemorial. Como Keisuke detestaba por igual la religión y la laca —porque brillaba—, había optado por la alfarería, pero además era también pintor, calígrafo y poeta. Lo notable del encuentro entre Haru y Keisuke fue que en el principio, entre ellos, hubo un cuenco. Al verlo, Haru supo lo que sería su vida. Nunca había visto una obra semejante: el cuenco parecía antiguo y nuevo a la vez, de un modo que él juzgaba *imposible*. Al lado, repantingado en una silla, había un hombre sin edad y, si es que eso tenía algún sentido, de la misma aleación que el cuenco. Además, estaba borracho como una cuba, por lo que Haru se hallaba ante una ecuación igualmente imposible: por un lado, la forma perfecta; por otro, su creador, un borracho. Cuando los presentaron, sellaron con sake una amistad para toda la vida.

La amistad: el segundo hilo en torno al cual giraría la vida de Haru.

Hoy la muerte se plantaba ante él con la apariencia de un jardín, y todo lo demás se había vuelto invisible, excepto esos dos instantes separados por medio siglo. Una nube rozó la cúspide del Daimon-ji y dejó en su estela un aroma a lirio. Haru pensó: Ya no hay más que esos dos instantes y Rose.

Rose, el tercer hilo.

ANTES

Haru Ueno y Keisuke Shibata se habían conocido cincuenta años atrás en casa de Tomoo Hasegawa, un productor de documentales de arte para la televisión nacional. Aunque los japoneses no acostumbran a recibir invitados en casa, la suya la frecuentaban con asiduidad artistas japoneses, artistas extranjeros y toda clase de personas ajenas al mundo del arte. El lugar se asemejaba a un velero varado en una playa de musgo. En el puente superior se colaba el viento por las ventanas, incluso en pleno invierno. La popa del barco lindaba con un flanco del Shinnyo-dō. La proa hacía frente a las montañas del Este. Al inicio de la década de 1960, Tomoo lo había concebido, diseñado y mandado construir, para luego abrir sus puertas a todo el que estuviera sediento de arte, de sake y de fiesta. Esta era una celebración de la amistad y las risas en la noche. El arte y el sake eran puros. Se mantenían eternamente idénticos a sí mismos. Nada, jamás, alteraba su química.

Tomoo Hasegawa reinaba así en su colina desde hacía casi diez años. Le decían Hasegawa san o Tochan, el diminutivo cariñoso infantil. La gente llegaba y se marchaba a cualquier hora, estuviera él o no. Todos lo apreciaban, todos habrían querido ser como él, pero nadie le guardaba rencor. Tomoo adoraba a Keisuke, Keisuke lo adoraba a él, y ambos compartían un mismo gusto por el frío. Fuera cual fuera la época del año, recorrían los senderos del templo ligeros de ropa. Al amanecer del 10 de enero de 1970, Haru se unió a ellos por primera vez. A esa hora temprana, la colina parecía una banquisa, los faroles de piedra centelleaban, el aire olía a sílex y a incienso. Apenas vestidos, Keisuke y Tomoo parloteaban tan tranquilos, pero Haru, que llevaba un grueso abrigo, tiritaba. No era consciente de ello, sin embargo, y en esa aurora de glaciación, se sentía como si estuviera haciendo una peregrinación. La casa de su familia estaba en Takayama, pero el lugar en el que había vivido y viviría su verdadera vida era Shinnyo-dō. Haru no creía en vidas anteriores, pero sí en el espíritu. A partir de ese momento, sería un peregrino y volvería sin cesar a su legítimo origen.

El Shinnyo-dō: un templo cercano a otros templos, en lo alto de una loma al nordeste de la ciudad, a la que, por extensión, Haru llamaba con el mismo nombre. Por todas partes, arcos, edifica-

ciones antiguas, una pagoda de madera, caminos empedrados y, naturalmente, cementerios situados en la cima y las laderas de la colina, entre los cuales los de Shinnyo-dō y Kurodani, con los que Haru se mostraría generoso por igual una vez hiciera fortuna. Durante casi cincuenta años, franquearía cada semana el pórtico rojo, subiría hasta el templo, lo rodearía, seguiría hacia el sur bordeando dos cementerios, cruzaría uno más, contemplaría Kioto a sus pies, bajaría la escalinata de piedra de Kurodani y serpentearía hacia el norte entre los templos del complejo hasta el punto de partida y, a cada instante, se sabría en su casa. Como solo era budista por tradición, pero quería que todo en su vida fuera uno, se había forjado la convicción de que el budismo era el nombre que le daba su cultura al arte o, al menos, a esa raíz del arte llamada espíritu. El espíritu lo englobaba todo, el espíritu lo explicaba todo. Por una razón misteriosa, la colina de Shinnyo-dō encarnaba su esencia. Cuando Haru daba su paseo, recorría la vida en su osamenta desnuda, despojada de su obscenidad, lavada de sus trivialidades. Pero, con los años, había comprendido que esas iluminaciones nacían de la configuración del lugar. A lo largo de los siglos, los hombres habían reunido las edificaciones y los jardines, habían dispuesto los templos, los árboles y los faroles, y, al final, ese trabajo paciente había engendrado un milagro: al recorrer los senderos, uno sentía que alcanzaba lo invisible.

Muchos atribuían ese mérito a las presencias superiores que rondan por los lugares sagrados, pero Haru había aprendido de las piedras de su torrente que el espíritu nace de la forma, que no hay nada más que la forma, la gracia o la falta de gracia que resultan de dicha forma, la eternidad o la muerte contenidas en las curvas de una roca. Así, ese invierno de 1970 en el que aún no era nadie, decidió que un día sus cenizas reposarían allí. Pues Haru Ueno no solo sabía quién era, sino también lo que quería. Solo le quedaba comprender qué forma adoptaría.

Así, cuando conoció a Keisuke Shibata, vio su porvenir tan claro como un cuenco de arcilla en pleno día. En su papel de mecenas, esa noche Tomoo Hasegawa impulsaba la carrera de un puñado de jóvenes artistas atípicos dando una fiesta en su casa. Como de costumbre, traían sus obras al velero de Shinnyo-dō, donde se daba cita la ciudad entera para beber y charlar y, desde allí, difundir los nombres de los artistas. La mayoría de ellos eran electrones libres. No pertenecían a una escuela ni a una familia. Se consideraban *singulares*, algo culturalmente complicado. No copiaban el arte contemporáneo occidental. Trabajaban la materia de su tierra natal dándole una figura inédita que seguía pareciendo japonesa, pero no a la manera de los grandes linajes. En definitiva, cuadraban con el gusto de Haru porque se asemejaban

a lo que él mismo quería ser: joven pero profundo, fiel pero libre de ataduras, reflexivo y, sin embargo, audaz.

En ese tiempo, las pocas galerías de arte contemporáneo que veían la luz solo sobrevivían vendiendo también arte antiguo, cuyo mercado, muy cerrado, requería tener los contactos necesarios para que se abrieran sus puertas. Hijo de un modesto productor de sake de las montañas, Haru no tenía posibilidad alguna de asomar siquiera la cabeza. Se costeaba la habitación en el Daitoku-ji participando en las tareas de mantenimiento del templo, y sus estudios de Arquitectura y de Inglés trabajando por las noches en un bar. No poseía más que una bicicleta, unos cuantos libros y los útiles para el té que le había dado su abuelo. Su cuarta posesión era un abrigo que vestía de noviembre a mayo, tanto en interiores como en exteriores, torturado por el frío. Pero, aunque en ese gélido enero no poseyera nada, acababan de ponerle en mano una brújula magnífica. Pensaba: Voy a hacer lo mismo que Tomoo, pero a lo grande.

Y lo hizo. Antes de eso, tras muchas otras noches de sake, le explicó su proyecto a Keisuke y le dijo: Necesito tu dinero para empezar. A modo de respuesta, Keisuke le contó una historia. Allá por el año 1600, el hijo de un comerciante deseaba hacerse samurái, y su padre le dijo: Soy viejo y no

tengo más heredero que tú, pero los samuráis honran la vía del té, por lo que te doy mi bendición. Al día siguiente, Haru invitó a Keisuke a su habitación y, con los útiles de su abuelo, le preparó el té con una ceremonia sencilla pero algo solemne. Después bebieron sake y conversaron entre risas. La nieve que caía sobre los templos cubría los faroles, formando inmaculadas alas de cuervo. Sin previo aviso, Keisuke volvió a su tema de siempre sobre la inanidad de la religión. El budismo no es una religión, dijo Haru, o, de serlo, es la religión del arte. En ese caso, lo es también del sake, afirmó Keisuke. Haru le dio la razón y siguieron bebiendo. Al final, Haru concretó la suma requerida y Keisuke se la prestó.

Desde ese momento, Haru fue superando con maestría todos los obstáculos. Como no tenía sede, alquiló un almacén; como no tenía contactos, se sirvió de los de Tomoo; como no tenía reputación, se dedicó a construir la de los demás. Encandilaba a todo el mundo. Keisuke había dado en el clavo: era, en lo más hondo, un comerciante, pero, a diferencia de su padre, sería un gran comerciante porque no solo tenía ojo para los negocios, sino también para el té o, dicho de otro modo, para la gracia. A decir verdad, existen dos tipos de gracia. La primera resulta del espíritu nacido de la forma, y para esta Haru iba a Shinnyo-dō. La segunda no es sino la primera desde un ángulo dis-

tinto, pero, como adopta una apariencia específica, se le da el nombre de belleza: para esta, Haru iba a los jardines zen y frecuentaba a los artistas. Su ojo de té sondeaba sus obras hasta el alma, lo que él resumía diciendo: Carezco de talento, pero tengo mucho gusto. En esto se equivocaba, pues existe un tercer tipo de gracia que permea los otros dos y en la que Keisuke veía el talento supremo. Y, si bien en el caso de Haru radicaba en una paradoja, no era por ello menos poderosa: durante toda su vida fracasaría en el amor, pero en la amistad sería un maestro.